

Viernes 23 de enero de 2009 – 10:30h - Vigo

## **PONENCIA DE VALÉRIE TASSO DENTRO DEL MARCO** **"SEXUANDO - I XORNADAS DE MOCIDADE E SEXUALIDADE"**

### **A) LA SEXUALIDAD HOY:**

3 conceptos fundamentales:

- La tesis del "discurso normativo del sexo" apoyado en Foucault y en Baudrillard (el simulacro ha sustituido la propia realidad, en el libro "simulación y simulacro" con un cuento de Borges sobre el topógrafo que hizo un mapa más exacto que el propio territorio que representaba). ¿Qué modelo refuerza este "discurso normativo del sexo"?: el modelo falo céntrico, coito céntrico, y el binomio pareja. La ocultación del sexo por sobreexposición y no por "silencio". El tópico como armazón del "discurso normativo del sexo".

Ejemplos de tópicos: "las fantasías sexuales se pueden realizar" (diferenciación deseo/fantasia), "el sexo entraña muchos peligros", "los preliminares sirven para preparar el coito".

Hagamos un juego: juguemos a las diferencias.

*"El agua es un compuesto químico, insípido, inodoro e incoloro, formado por dos átomos de hidrógeno y otro de oxígeno. Los enlaces que se establecen entre sus moléculas son los responsables de que este compuesto, según la temperatura a que se someta, pueda presentarse en forma líquida, sólida o gaseosa."*

*"La mujer, cuando su ardor es máximo, y se la está penetrando de manera que el pene estimula su punto G en el interior de la vagina, tiene, al llegar al orgasmo, una serie de contracciones en los músculos vaginales que le hacen expeler, ocasionalmente, de manera incontrolada una abundante cantidad de líquido. Es lo que se conoce como eyaculación femenina."*

¿Qué diferencias hay o qué diferencias ven en estas dos afirmaciones? Una primera diferencia es que la afirmación de inicio forma parte de esos conocimientos que estudian la composición y la estructura de la materia y a los que llamamos genéricamente "química", mientras que la segunda podría pertenecer a estos estudios en construcción (al menos en España) que se ocupan del hecho sexual humano y que algunos llaman "sexología", pero también a la "patafísica" de Jarry o a la "cartomancia" de la bruja Pirula o a la "ciencia ficción" de un Wells en una noche libidinosa. Está, también, el que si bien la primera afirmación sabemos científicamente, desde 1781, que es cierta, la segunda no tiene ninguna base ni constancia científica, es una ocasional afirmación que en nuestra galería de "saberes" no pasa de ser una mera especulación.

Hay otra diferencia más; la primera afirmación les deja frío y no les da, por ejemplo, ni siquiera ganas de beber, mientras que la segunda les altera anímicamente, les provoca cierta sonrisa tonta, cierto sonrojo, miran a su alrededor para comprobar que nadie más está leyendo lo mismo por encima de sus hombros, se preguntan si a ustedes o a sus parejas les sucede eso y esconden este escrito a su hijo. Lo entiendo,

estoy totalmente de acuerdo con ustedes. A mí me pasaba lo mismo. Y me temo, como ustedes, que para que eso dejara de pasar, debería producirse una revuelta, una sublevación. Algo que, a mi modo de ver, debe pasar ineludiblemente por dos logros; un nuevo conocimiento y una reformulación moral pero también por una fractura; que el hecho sexual humano deje de ser una medida para sancionar moralmente nuestra humanidad.

Conocimiento y reformulación moral son complementarios e ineludibles el uno del otro. Cuando descubrimos o entendemos algo en el terreno que sea, inmediatamente ese algo, que antes estaba desregularizado o regularizado para el conocimiento antiguo, exige un nuevo orden moral, unas nuevas pautas de aprobación, sanción y conducta social con relación a eso que acabamos de adquirir. Así sucede ahora, por ejemplo, con la revolución genética; primero aprendemos técnicamente a manipular la materia genética que nos conforma y después tenemos que marcarnos las pautas sociales para saber qué es lícito hacer con ese conocimiento, qué no y de qué manera. En la era victoriana, el acercamiento científico a la maquinaria sexual humana sirvió fundamentalmente para determinar categóricamente qué era enfermedad, desviación, patología y depravación y crear así lo "normal" y lo aceptable moralmente en el comportamiento sexual humano. En el siglo XIX, hicimos del sexo algo "problemático". Del mismo modo, aprovechamos la "alteración" cultural y sexual de los sesenta del siglo XX para intentar poner en cuestión ese modelo moral decimonónico, basado en la problemática sexual y no en el valor del sexo.

Nótese una constatación, más que una suposición; mientras más tímidamente nos acercamos a la constitución del concepto "sexo" y a los mecanismos que nos constituyen como seres sexuados, más nos sirve este conocimiento para establecer mecanismos de control moral o penal sobre los conocimientos que vamos adquiriendo. Nuestros prudentes avances en el terreno sexual incrementan exponencialmente las formas de inutilizar estos conocimientos. Es como si, a medida que avanzara nuestro entendimiento de la industria automovilística, más miedo tuviéramos de conducir y más insistiéramos en la frenada y en determinar normas estrictas de circulación rodada, a cambio, eso sí, de que todos tuviéramos en casa cochecitos de radio control que no nos llevan a ninguna parte, que no nos enseñan nada y que no nos entrañan ningún riesgo (ni ningún viaje). El motivo de que eso sea así es sólo uno; el miedo. El miedo aterrador que sentimos por lo que somos, el miedo fomentado desde los que creen que el sexo nos convierte en fieras y no en más humanos. Para distraernos de esta realidad aterradora, nos hemos dotado, probablemente desde el XIX, de un mecanismo (que ya detectó el filósofo Michel Foucault) para ocultar el tremendo pavor que nos da hablar, estudiar y profundizar en el sexo; nos pusimos todos a hablar de sexo. A hablar como cotorras de todo aquello que del sexo no nos molestaba, a generar una industria del "ocio sexual" conveniente, a explicar con detalles y gráficos posturitas de ballet, a distraernos comprando dildos de colores, a mantener un modelo androcéntrico del entendimiento y coitocéntrico de su puesta en uso y a hacer del sexo un pecado, un cotilleo o un chiste...En español, como todos sabrán, existe un refrán: "*dime de qué presumes y te diré de que careces*". De este modo, presumiendo de lo que no tenemos, conseguimos que hablar de sexo deje de ser un tabú a cambio de que el tabú sea el propio sexo.

Ocultamos el sexo por sobre exposición, y no como en los siglos precedentes por silencio, pero lo seguimos ocultando. Hoy en día, los logros en materia sexual y así lo creo, no pasan por hablar mucho sino por saber lo que se dice y para qué se dice. Tampoco pasan por ofrecer ingentes cantidades de información sobre lo mismo, que sólo hacen que cimentar y dar carácter de cierto a miles de falsedades y conseguir, finalmente, que hayamos confundido nuestra concepción moral del sexo con el propio sexo. Estos logros pasan por pensar conceptual y técnicamente y asumir sin miedo lo

que de verdad nos depare la reflexión. Sueño con un sexo "desmoralizado", en el que hablar de sexo no sirva exclusivamente para decir qué está bien o qué está mal o quién es un ser humano normal o un degenerado, sino qué es el sexo y quién soy yo. Sueño con que dejen de llegarme mensajes preguntándome si existe el punto G o si las mujeres podemos eyacular, sobre cuál es la medida normal del pene, cuántas veces es correcto "hacerlo" al mes o si se pueden cumplir las fantasías sexuales, y que me lleguen preguntas correctas y revolucionarias como; ¿Cómo es posible que sigamos sin saber esas cosas? y ¿A quién beneficia mantener esta ignorancia y por qué? Sueño con que se sacuda los prejuicios morales que el ojo social, escandalizable y miedoso en extremo, le ha impuesto al sexo y que nos impide asumir sin miedos ni mojigaterías nuestra condición de seres sexuados. Los humanos somos lenguaje y sexo. Ambas son condiciones irrenunciables a nuestra naturaleza que podemos poner o no en práctica (uno puede ser mudo o haber hecho voto de silencio pero no deja de ser lenguaje y uno puede haber hecho voto de castidad o haber perdido los genitales pero no deja nunca de ser un animal sexuado). Ambas condiciones nos sirven para entender el mundo e interactuar con él. Con el lenguaje podemos decir "te quiero", pero también podemos insultar o declarar una guerra. Sin embargo, nos hemos ocupado ampliamente de él (de la lingüística a la logopedia) y ni le tememos, ni nos culpabilizamos por tenerlo. En la puesta en práctica del lenguaje existe un "actuar" normal (por ejemplo el empleado en una conversación al uso) pero también existe un uso "anormal", arriesgado del mismo (es lo que da lugar al discurso del loco y a la poesía). Nadie sanciona a Mallarmé por ser poeta y llevar más allá de la "normalidad" las reglas sintácticas (morales) del lenguaje. Nadie duda que un caligrama del mismo autor siga siendo lenguaje. En el sexo no pasa lo mismo. En el sexo, denigramos con términos insultantes a todo aquel que va un poco más allá, al que "escribe" mucho o al que experimenta. En el sexo, seguimos hablando de historias legendarias y de constataciones míticas, como si de unicornios, dioses antiguos y crueles o hadas buenas se tratara, y seguimos aterrorizados, como los antiguos galos, por el que, un día, el cielo caiga sobre nuestras cabezas.

¿Que si estos logros ocurrirán en el 2009? No. No lo creo. No creo que el año que empieza nos traiga la equiparación de los dos enunciados que proponía al principio (haciendo de uno del tipo segundo algo tan veraz y amoral como el primero). En el 2009 probablemente se crearán más espacios "recreativos" para el gozo bajo control, se inventarán nuevos juguetes eróticos, habrá más desnudos en la tele justificados en nombre del sexo, llegarán de la lejana China más bobadas sobre la multiorgasmia y el gran orgasmo, los placeres lícitos tomarán más aún las farmacias, se escribirán muchos más manuales de cómo hacer bien el amor a un hombre o a una mujer, insistiremos en la prevención, la didáctica y el espectáculo del sexo, pero la materia "dura", la que conforma a estos extraños animales dotados de sexo que se autorregulan (en nombre de Dios o de la Salud Pública) en su puesta en práctica, seguirá siendo un misterio.

Y veremos correr el agua por el grifo sabiendo que cada molécula que la compone tiene dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno y un temblor nos entrará cada vez que seamos nosotros, y no el agua, los que nos corramos...y no será sólo de gozo, será de miedo y de ignorancia frente al trueno.

## **B) LA JUVENTUD Y LA SEXUALIDAD HOY:**

1- Introducción: seres sexuados desde el nacimiento hasta la muerte. Nuestro modelo es "adultista", es una práctica juvenil.

2- Un ejemplo de los tópicos del "discurso normativo del sexo" sobre el sexo y la infancia: "la primera vez es crucial" Cuentan, desde la antropología sexual, que para los Bantúes Ila del noroeste de África, la muchacha virgen, por su condición de virgen, es idiota. De hecho, no existe en su idioma un término para designar la virginidad. Entre los Lepcha de la India, perder la virginidad más allá de los once o doce años es retrasar innecesariamente la madurez. En Madagascar, los Sakalaves consideran una deshonra que una mujer haya llegado virgen al matrimonio, porque es sinónimo de que nadie la ha querido antes

*(Fuente: "La vuelta al mundo en 80 polvos" de Javier Ortega)*

Chocante ¿no? La comprensión del "otro" es una herramienta de enorme utilidad para comprendernos a nosotros mismos. Con el análisis de la alternativa cultural, aprendemos a relativizar la nuestra, a cuestionarla y a aprender la naturaleza de nuestros usos y prejuicios. Para los que todavía ven al otro como un "salvaje" al que hay que domesticar, integrar y tolerar, estas prácticas culturales de afrontar la virginidad y la "primera vez" no pasan de ser una malformación propia de ignorantes pueblos primitivos a los que todavía no les ha llegado con claridad eso tan profundo de la civilización.

En nuestra cultura, la "primera vez" ha sido y sigue siendo el equivalente a una pérdida, es una despedida, en cierta medida a una "última vez" que va a condicionar todas las "siguientes veces". Para un occidental y en nuestro marco de valores, "la primera vez" o la pérdida de la virginidad equivale a perder la inocencia, a abandonar la infancia, a haber cedido, antes del tiempo oportuno (el que marca presuntamente "el amor de por vida"), al acoso de la carne.

Morfológicamente también hay pérdidas durante ese acontecimiento en el siempre vigilado cuerpo femenino; el presunto desprendimiento del himen. La virginidad, no es de extrañar en una cultura de vírgenes, mortificados y mártires, deviene un valor supremo. Pero, ¿por qué lo hemos establecido así? Somos, aunque a los adultos nos cueste reconocerlo, seres sexuados desde que nacemos hasta que morimos. El ejercicio de ese "yo" sexuado, de ese cuerpo dotado de unos genitales, un sistema endocrino y una escala de valores, se pone en práctica de manera distinta según el ser humano sea púber, adulto o anciano, pero se pone en práctica. La sexualidad infantil es una sexualidad de la exploración, de la curiosidad y de la interacción con uno mismo; en la sexualidad adulta, que se inicia cuando nuestro organismo Sexuado es capaz de recibir al "otro", varía sustancialmente su puesta en escena.

A mí me suele gustar establecer la comparación del ejercicio del sexo con el del hábito de la lectura. Todos los humanos somos a lo largo de nuestra vida seres lectores (desde el momento que somos seres dotados de lenguaje). Hay un tiempo en que no sabemos acceder a la lectura, bien porque todavía no somos capaces de descifrar el código de escritura que han establecido los adultos (no sabemos leer) y nos tenemos que contentar con mirar las ilustraciones, bien porque aún habiendo aprendido a leer, no somos capaces de asimilar lo que las palabras nos dicen. Se empieza leyendo a "*Blancanieves y los siete enanitos*" y se acaba con Dostoievsky. Se empieza

balbuceando historias de duendes, hadas, príncipes o súper héroes y se acaba haciendo cuestión de la materia de lo humano.

Pero en ningún momento de ese proceso hay un punto en el que se nos recrimine, se nos culpabilice o se sienta lástima por nosotros por el hecho de aprender a leer, porque se entiende que estamos adquiriendo conocimiento, que nos estamos desarrollando como seres humanos y que estamos accediendo a eso tan extraño, para muchos, que es el sentido crítico. Nadie se asusta porque al empezar a leer podamos estar perdiendo la vista, nadie se preocupa de que, adquiriendo la cultura de la lectura, estemos accediendo a un *problema*.

Nadie prefiere a un ser humano analfabeto o ágrafo que a uno ilustrado ¿Por qué en el sexo es distinto? Cuando, de joven, la primera inquietud metafísica nos asalta (¿Existe Dios? ¿Qué es la muerte?), el gran ojo del sistema moral no viene corriendo escandalizado a decirnos que estamos perdiendo, por usarla, inteligencia.

Tampoco en la lectura o en la reflexión somos capaces de marcar una "primera vez", nadie recuerda cuándo leyó, asimiló e interpretó su primer párrafo, sencillamente porque es un proceso gradual (para que haya una primera vez, tiene que haber habido antes muchas "primeras veces") Sin embargo, es más que probable que todos seamos capaces de decir cuándo, en el terreno de nuestra existencia como seres sexuales, se dio la "primera vez". ¿A qué es esto debido? ¿Qué es la primera vez y cuándo se produce?

La primera vez se produce siempre cuando se nos hace tomar conciencia de que es la primera vez. A nuestro sistema moral no le preocupa en absoluto cuando vemos por primera vez un paisaje, acariciamos un gato o asistimos a un acto violento, pero sí le inquieta enormemente el determinar con precisión milimétrica día, hora, lugar y circunstancia nuestro "desfloramiento" (el perder la flor para "meternos" el pepino) Con ese fin, nos viene preparando, vía culpabilidad, para que estemos expectantes y con los sentidos muy abiertos a ese acontecimiento. Es un proceso gradual de culpabilización al que nos someten a todos, que empieza en la más tierna infancia y se intensifica en la adolescencia, cuando se anuncian tímidos los pezones, alumbra vello donde antes sólo había piel o aparecen las primeras "poluciones" (¡bonita palabra!)

Porque nuestro sexo, para nosotros, es un problema y nunca un valor. Así lo hemos establecido y así lo mantenemos. Ya hemos dicho que es imposible determinar una primera vez en nada y menos en el sexo. ¿Cuándo es la "primera vez"? ¿Será cuando nos vemos por primera vez desnudos en un espejo, cuando nos rozamos por primera vez con una sábana, cuando nos entregan el primer beso?

Para facilitar esa tarea de identificación, se equipara el sexo al coito, a la penetración, a la intromisión. Para nuestro rudimentario y éste sí primitivo sistema moral y de comprensión del hecho sexual humano, el sexo equivale al coito. Por eso nuestro modelo de sexualidad es "adultista" (sólo entendemos por sexo aquello que los adultos hacen en su condición de seres sexuados) y coitocéntrico (el coito es lo que "consume", lo que articula nuestra erótica, lo que dice si ha habido sexo o no y lo que mide). Aproximadamente como si dijéramos que nuestra capacidad de desplazamiento equivale a conducir un Fiat o nuestra alimentación a ingerir fettuccini. ¡Pobre equivalencia para una cultura que anda ya en puertas de clonar a un ser humano!

¿Cómo se encuentra, entonces, el adolescente frente a esa "primera vez"? Aterrorizado, culpabilizado, sin adiestramiento, torpe e ignorante. De ponerlo en ese estado nos hemos ocupado todos. Resulta fácil entender que entonces la primera

interrelación sexual a la manera de los adultos sea, normalmente, un completo fracaso. Pero nuestro grado de perversión va más allá. No contentos con "joder" esa primera experiencia, hacemos de ese fracaso el condicionante de nuestra futura vida sexual adulta. Nos cuesta la misma vida entender que si la primera vez no ha sido todo lo exitosa, en lo físico y en lo emocional, como prometían los cuentos de hadas, ha sido sólo porque nadie nos ha preparado convenientemente para ese encuentro.

Hoy en día, además, se dan, creo yo, una serie de fenómenos contradictorios que hacen que nuestros adolescentes todavía se sientan más desconcertados. Por un lado, hacemos una exaltación de los atributos físicos "infantiles" en materia sexual; por ejemplo, viene siendo cada vez más habitual la llamada práctica adulta de las "pujas de vírgenes", en las que mujeres que no son ya de "primer vuelo", se reconstruyen un himen (a través de un proceso quirúrgico llamado himenoplastia) para ofrecer al mejor postor su "nueva" virginidad, la híper sexualidad de senos combinada con un pubis rasurado y sin forma (basta acercarse a las modelos que posan desnudas en las llamadas "revistas masculinas") o las intervenciones también quirúrgicas para el rejuvenecimiento de la vagina (estrechamiento, acortamiento de labios, etc.) Todo para potenciar y rehacer el modelo de la perdida Lolita, la niña "come hombres", ángel por fuera y diablo por dentro. Frente a esa exaltación de lo infantil como reclamo sexual, se refuerza la híper protección de todo lo que vincule sexo con infancia.

Mientras, los adultos, seguimos haciendo una constante exhibición del "espectáculo" del sexo (algo que no tiene nada que ver con la comprensión del infante del hecho sexual), llevando esta exhibición hasta el paroxismo. Esto, combinado, hace de muchos de nuestros adolescentes réplicas de estrellas del pop, profundamente ignorantes (no sólo en el ámbito sexual), que se contornean como si supieran para qué sirve el contorneo y que en el fondo sólo camuflan su miedo con la impertinencia.

Por otro lado, los jóvenes del siglo XXI deben afrontar el desarrollo de su naturaleza sexuada con la presión y el miedo derivados de iniciativas como, por ejemplo, los sistemas estatales de "educación sexual" que se implantan sistemáticamente desde los centros de enseñanza dependientes del Gobierno Federal de EE.UU. Bajo el nombre de "*Abstinence Only Programs*" se entiende que la mejor manera de preparar a los jóvenes en su proceso de comprensión y desarrollo de su naturaleza sexual es convirtiéndolos en unos abstinentes; ignorantes, mortificados, temerosos y culpabilizados...Y sucede lo que sucede; cuando no sabemos lo que es y para qué sirve un lápiz, es más que probable que nos acabemos sacando un ojo con él.

Siempre he sido partidaria de proteger al indefenso de los adultos. Pero siempre he creído que esa protección debe pasar por suministrarle entendimiento y por la defensa de su libertad individual (que también los jóvenes la tienen) y que lo primero de lo que hay que protegerlo es del miedo, de las aprensiones y de la estupidez de los que se creen adultos, sólo porque ya han asumido "la culpa" que otros adultos les impusieron.

Hagamos de los jóvenes seres humanos, de la "primera vez" una experiencia y no una mala experiencia...y veneremos las vírgenes en los altares.